

«¡Es el Señor!»

Al contemplar las apariciones del Resucitado, insistimos en pedir intensamente lo más importante, la alegría, el tesoro de los ejercicios; porque podemos conformarnos con alegrías menos hondas. Aquí nos jugamos el ser comunicadores de la experiencia de Pascua. Nos hace falta volver continuamente a la resurrección, «habitar» en ella para que nos dé la mirada de Jesús sobre la vida, los acontecimientos.

«El oficio de consolar»

Dice san Ignacio, al llegar a la resurrección de Jesús, habla del «oficio de consolar que Cristo nuestro Señor trae». Pablo cuenta su propia experiencia: «¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios del consuelo...!» (2Cor 1, 3-4). Pablo no habla de sufrimientos y consuelos como realidades alternativas: la experiencia de la cruz no ha sido una tribulación *soportada*, sino amor hasta el extremo de Dios que rompe la misma muerte.

La alegría de Jesús

En todo caso, contemplemos siempre el rostro *feliz* de Jesús. *Jesús es feliz*, feliz de haber vencido a la muerte; feliz de demostrar que el bien es más fuerte que el mal; feliz porque la tristeza se acaba, porque Dios no defrauda. Es el día para contemplar el rostro de Jesús inmensamente contento de volver a ver a sus amigos, de abrazar a Pedro, a María, de abrazarnos a cada uno para asegurarnos que estamos siempre con él, que no hay nada que rompa el gozo de ser de los suyos, que estamos *atados* a él para siempre. *Jesús es feliz* y quiere contagiarnos su alegría.

Magdalena (Jn 20, 1-18)

Magdalena no espera resurrección. Va sin saber qué hará para abrir la piedra. Se queda con amargura sobre amargura cuando cree que han robado el cadáver. Quizás sin saber qué hacer, llama a los apóstoles. El discípulo *que Jesús amaba* ve y cree. Aquí el evangelista usa el verbo *phileo*: es la clave de la amistad la que ayuda a ver más allá, a entender.

Nuestro ministerio consiste en preguntar a la gente por qué llora y esperar en silencio que nos conteste. María escucha su nombre. Que nuestro nombre, dicho por Jesús, resuene, rebote en todos los sótanos y entresijos donde haga falta. Es el trabajo de esta mañana, contemplar el rostro de Jesús resucitado cuando dice nuestro nombre, dejar que cale, que nos restaure.

Magdalena es enviada: «Diles a mis hermanos». Impresiona: para Jesús son *sus hermanos*, como si nada hubiera cambiado. Más cerca incluso que antes.

Un desayuno en la playa (Jn 21, 1-14)

La situación de aquella pesca en el lago era demasiado clara, demasiado parecida a la que ya habían vivido cuando conocieron a Jesús; sin embargo, solo Juan lo reconoce: «¡Es el Señor!» El discípulo amado tiene esa sensibilidad para descubrir por dónde *se le aparece* Jesús, qué *le pega*, qué lenguaje utiliza (eso es «conocimien-

to interno»; eso es discernir, descubrir las situaciones que *son del Señor*, que le pegan, en las que está presente).

Aquel desayuno en la playa es un retrato perfecto de la Iglesia: imperfectos, convocados por él, alimentados por la eucaristía (en ese grupo quepo hasta yo...).

«Simón, ¿me quieres?» (Jn 21, 15-22)

Pedro se había pasado la vida diciendo «yo puedo, estoy dispuesto, yo lo haré», cuando la pregunta auténtica era «¿me quieres?» Cuando Pedro claudica, recibe la confirmación de su misión, pero ya la misión se asienta en las fuerzas de otro; tiene los pies sobre roca. Jesús indica a Pedro lo único necesario, lo agarra en lo íntimo de su ser y lo reconstruye en torno a ese pilar fundamental que es su amistad.

La consecuencia de esa amistad, de esa identificación con Jesús, es la misión. El pastoreo nace del amor que él nos tiene y en el amor que él recibe como respuesta. Un amor que nos hace *uno* con él. Es sorprendente —por lo *arriesgada*— la reflexión de san Agustín:

Esta es la razón por la que quiso que también Pedro, a quien encomendó sus propias ovejas como a un semejante, fuera una sola cosa con él: así pudo entregarle el cuidado de su propio rebaño, siendo Cristo la cabeza y Pedro como el símbolo de la iglesia que es su cuerpo; de esta manera fueron dos en una sola carne, a semejanza de lo que son el esposo y la esposa. Así, pues, para poder encomendar a Pedro sus ovejas, sin que con ello pareciera que las ovejas quedaban encomendadas a otro pastor distinto de sí mismo, el Señor le pregunta: «Pedro, ¿me amas?»

La perspectiva de la vida eterna

Hemos insistido en la mirada sobre las cosas, los acontecimientos y el mundo; una mirada nueva que nos ayude a ver más allá, a —decíamos— mirar como Jesús. No es esta vida el punto para otear el horizonte esperando un futuro mejor: es el Reino que viene, la vida eterna, la que nos ofrece la verdadera perspectiva para entender *esta* vida, el presente transfigurado por un futuro ya nacido y que amplía el campo de visión. La fe nos alienta a contemplar el mundo con la mirada del cielo (cf Ef 2, 4-6). Con frecuencia la consolación puede consistir simplemente en una ampliación del horizonte.

Repetimos con frecuencia aquel reproche de los ángeles a los apóstoles el día de la Ascensión: «Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?» (Hech 1,11). No es por enmendarles la plana a los ángeles, pero quizás que a nosotros, precisamente, nos haga falta «mirar más al cielo», levantar la mirada, estar convencidos de que la vida es «más de lo que se ve». Creer en la *vida eterna* le da una nueva perspectiva a nuestra vida *ya*. Vivimos en el tiempo de la espera: la esperanza nace de una certeza, la de invocar «¡Ven, Señor Jesús!», *no veo la hora de que vuelvas*, como el niño que espera la visita que le es querida. *Maranathá* es una invocación que nos permite leer los tiempos de manera distinta. Por supuesto, no nos hace desentendernos de lo que nos traemos entre manos —faltaría más—, no huimos de *esta* vida. Al revés, nos ayuda a implicarnos de otro modo en esa vida nueva que ha empezado ya. Pero reconocemos, como aquel cura rural de Bernanos, que «ya todo es gracia».